1 Octubre 1962

ARCO IRIS SOBRE BARCELONA

por **Joaquín CALVO-SOTELO**

De la Real Academia Española

EL doctor Schwarzkopf conversando, allá por 1953, con Curzio Malaparte, intentaba una pintoresca clasificación de los pueblos en machos y hembras. El destino del mundo, le decía, es femenino. La libertad y la democracia son hembras, Rusia y América, naciones hembras. También Baviera, Würtemberg y Baden. En cambio, el Ruhr, Prusia y Alemania Oriental son machos. Inglaterra y Francia están evolucionando y haciéndose hembras. España—concluía—es la nación más macho que he conocido nunca.

Posiblemente, aun dentro de la arbitrariedad que esta clasificación supone, España es, en efecto, un país macho; pero pese a ello y dentro del perímetro peninsular, Barcelona es sin duda una ciudad femenina. Barcelona se me antoja a mí como una matronil y garrida hembra, fuerte para la procreación, honesta y poderosa, sensible al halago y aun deseosa de él, autoritaria y sentimental, cobijando bajo su gigantesca halda los hijos emprendedores y múltiples de la provincia, esos que acuden a ella en las fechas solemnes y la visitan y llenan sus calles la noche de San Juan y la sueñan a la distancia como un gran parque henchido de flores perfumadas. Barcelona, medianera del mar y la montaña, sobre la que planean los pájaros desde el Tibidabo a los mástiles del puerto, íntima y universal, con pequeños artesanos y fabulosos creadores de riqueza, dura en los negocios, tierna en las canciones, fácil al golpe seco de la violencia, a la que le ayuda los vocablos agudos de su idioma, y a las lágrimas irreprimibles de la ternura si alguien con gracia le busca los secretos del corazón, ha dilatado sus grandes ojos negros y apretado sus dientes para que nadie la viese estremecida, y afronta el terrible coletazo de la desgracia con una entereza nobilísima.

En unas horas dramáticas, como pocas de su destino, la riada ha variado el mapa de su provincia, ha sepultado en barro y en lodo—la más terrible de las tumbas—emporios y hogares, avenidas y callejuelas, y ha empobrecido y enlutado a mil gentes que el día anterior vivían con abundancia y con felicidad. La catástrofe es de tal magnitud que a cualquier otra colectividad de menor temple la hubiese dejado tundida e inerme, pero Barcelona ha sabido reaccionar prodigiosamente, y cuando todavía esperan su destino definitivo docenas de víctimas, ya hay quienes estudian el cuándo y el cómo se repararán las fábricas sumergidas, la maquinaria inútil, y se echará a andar de nuevo con su tradicional energía. "Discúlpeme si no puedo atender mis compromisos", le ha escrito a un mayorista madrileño uno de sus habituales proveedores de Sabadell. Se diría que al firmante de la carta, a pesar de tanto sufrimiento y desventura, aún le quedaba aliento para pedir perdón por su palabra incumplida y al aire, para poner a salvo su seriedad de industrial dañada, para sentirse responsable del perjuicio a terceros que trae consigo la cesación de los trabajos.

De la hecatombe sufrida hay algo que no podrá ser reparado nunca: los centenares de vidas inmoladas a un trágico sino, tan riguroso que no tiene precedente en nuestra historia; pero la parte material se enjugará pronto, aunque parezca cruel decirlo, con ventaja. San Sebastián sería hoy poco más que el caserío que se apiña en el zócalo del monte Ulía sin el incendio de la guerra de Independencia. Santander multiplicó, si no su encanto, sí su empaque de gran ciudad a seguida del ciclón que la asoló hace unos años. De esas pruebas espantosas son siempre beneficiarios quienes nos suceden. Análogamente, esas ciudades mártires se verán abiertas, aunque sea por el mandato inexorable de la fatalidad, a una serie de reformas y de mejoras urbanas que sin tamaño hostigo no habrían llevado a cabo nunca.

Sólo no vuelve la mujer que arrastraron las aguas, los hijos que ahogó el fango, los padres a los que sorbió ese invencible torbellino de la riada. Se pierde igualmente para siempre el cuadro, la escultura, el retablo, que nadie reemplaza; pero los bienes materiales sí se recobran, y pronto y aun acrecentados.

Otros hay, de índole moral, que trae consigo la desgracia. Vedla como una piedra de toque para contrastar la indisoluble fraternidad española. En el momento en que escribo estas líneas, movilizados por las emisoras más importantes, artistas conocidos, figuras populares se desparraman al norte y al sur, al este y al oeste de Madrid; entran en las salas de fiestas, en los teatros, en los cafés, y llenan sus cuchas de dinero para los damnificados. Al salir de la radio me cruzo con dos mujeres humildes que acuden a depositar su donativo en las mesas preparadas en el vestíbulo. "Estábamos acostadas ya—me dicen—; pero ¿quién es capaz de conciliar el sueño sin hacer algo para ayudar a los que tanto sufren?"

Algún día se escribirá el pequeño anecdotario de esta epopeya. Su repaso conforta los espíritus más escépticos, nos devuelve el timbre roussoniano, nos empuja de nuevo a creer en la bondad del hombre. En todo caso nos lleva a comprobar que una nación es, esencialmente, un tacto de codos, una interdependencia suprafamiliar, millones de seres ligados entre sí, como las células del organismo, subordinados los unos a los otros, para los que no existe vida ni muerte aislada, sino común. Salvarse o perecer juntos, eso es una patria. Cuantos forman parte de ella aprestarán sus dos manos a la tarea bellísima de rescatar del infortunio a millares de seres fulminados por un hado adverso.

Como ese es un sentimiento unánime, Barcelona se ha convertido en epicentro de la emoción hispánica. El teléfono, el telégrafo, el correo vuelcan en su seno millares de mensajes provenientes de España entera, peninsular e insular. Seguros estamos de que Barcelona percibe esa sensación de ayuda, esa oleada de generosidad, que no es mortal, como la de sus ríos embravecidos, sino vivificadora, y que su femenino corazón late con un vigor nuevo, asaltado por una oleada de sangre caliente. Ved en el ínterin cómo el arco iris insinúa ya sus dulces colores sobre Cataluña y cómo el sol de otoño predice un porvenir sonriente a esta tierra que tanto lo merece.